

llamada á desaparecer y que en vez de representar, el ahorro, el trabajo y el buen orden doméstico, representan, el latrocinio, la avaricia, el egoismo y la hipocresía.

José de I CASTILLO Y SORIANO

PÁGINAS DE LA VIDA

Si no era espléndido, tampoco se podía decir que D. Martín era insensible á los sufrimientos de sus semejantes.

Antes al contrario; en los años que llevaba viviendo en el pueblo, después de cuarenta recorriendo el mundo y adquiriendo tan grande caudal de experiencias como de dinero, había atendido á muchas necesidades, había remediado infinitas desgracias y si no era un nuevo Juan Valjeau, ó un señor Magdalena, según presenta el inmortal Victor Hugo, al protagonista de *Los Miserables*, tampoco era un ser egoísta.

Veía las flaquezas de sus convecinos; apreciaba los defectos de los demás y solía decir con frecuencia:

La ingratitud es un vicio que corroe á esta desdichada sociedad. Si doy pan lo comen, eso sí; pero me muerden después la mano. Dos minutos mas tarde de recibir el favor que solicitan, no guardan memoria de él y desprestigian al que le presta.

Y por ese pesimista juicio, se privaba muchas veces de servir á los que diariamente acudían á él en demanda de remedio para atender á sus necesidades.

Por eso le criticaban. Le atribuían lo que era consecuencia natural del mayor defecto que puede tener un hombre.

Era inmensamente rico; sin hijos y sin parientes cercanos. Los 65 años de edad y lo mucho que había disfrutado, habían borrado en él, todo deseo de diversiones.

Pero los años malos se sucedían: Las cosechas habían quebrantado aquellos pequeños capitales del pueblo; los labradores sufrían una situación comprometida y el hambre con sus horribles apremios, demandaba una solución salvadora.

Don Martín se decidió.

¡Quién sabe...!—se dijo—Quizás me haya equivocado y esta gente no sea tan ingrata. Por otra parte, la necesidad es muy grande y ella los obligará á corresponder con el agradecimiento.

Aquel mismo día, formó una lista de todos los vecinos para mandar á cada uno una cantidad acompañada de una cartita en la que le participaba su filantrópica donación.

Cuatro fueron los que habían recibido el obsequio y momentos después se presentó uno diciendo:

—Supongo D. Martín, que no habrá usted tenido intención de molestarme; pero ello es lo cierto que me ofende el que me iguale V. con mi vecino de enfrente, que no tiene la educación, ni los merecimientos que yo tengo....

—Pues yo agrego—dijo otro de los cuatro que llegaba en aquel momento—que si piensa V. que á un hombre cargado de familia como yo, le basta la cantidad mandada, se ha equivocado al humillarme sin resolver mi situación....

—Pero al fin vosotros—dijo desde la puerta el tercero—no tenéis otros méritos, que los de conocer á D. Martín desde hace cuatro días; pero yo que le conocí siendo niño, creo que tengo más derecho para declarar que es una injusticia lo que hace conmigo....

—Sea como fuere—agregó el último de los favorecidos—he de protestar con la energía necesaria, que se me mande una cantidad que no he solicitado y que ofende á mi amor propio. Si D. Martín quiere ganar méritos para alcanzar el reino de los cielos, ó si pretende calmar los gritos de su conciencia, puede meterse á monja, pero no herir la delicadeza de nadie.

Y D. Martín quedó anonadado al contemplar los resultados de su obra.

Desde aquel día no sale de su casa, pensando si el hacer bien es una grave falta, ó si la ingratitud es una consecuencia de la necesidad.

Deogracias HERVÁS

Almadén.